

ENCUENTROS EN EL FIN DEL MUNDO:
¿ES POSIBLE LA AVENTURA?

Por ALBERT ELDUQUE

Título original: *Encounters at the End of the World*. **Producción:** Henry Kaiser (USA, 2007). **Director:** Werner Herzog. **Fotografía:** Peter Zeitlinger. **Música:** Henry Kaiser y David Lindley. **Montaje:** Joe Bini

Color - 99 minutos. **Estreno en España:** 17-X-2008.

En una de las secuencias de *Encuentros en el fin del mundo*, el último documental de Werner Herzog, el cineasta alemán se pregunta por qué uno de los pingüinos huye hacia las montañas, separado del resto, donde le espera una muerte segura. Una cuestión extraña en boca de alguien que a lo largo de su carrera ha transitado por los confines de la civilización (incluida una isla a punto de estallar en *La Soufrière*), arriesgando su seguridad y la del equipo de rodaje en una búsqueda interminable de imágenes puras, alejadas de una civilización opresora y estancada como la de *El enigma de Kaspar Hauser* o *Stroszek*. Herzog parecería el menos indicado de todos los individuos de la historia del cine para plantear dicha pregunta, o quizás el más autorizado, pues lleva cuarenta años planteándose la cuestión con personajes al límite que huyen de la normalidad a la búsqueda de lo sublime, frecuentemente hallado en el corazón de la naturaleza.

En *Encuentros en el fin del mundo* esta pregunta adquiere un significado especial, ya que se plantea precisamente en los confines de la Tierra, el espacio límite donde ha desembocado la búsqueda del director alemán. La Antártida es un espacio blanco, vacío y desértico, donde la vegetación se reduce a los invernaderos o a unas plantas resguardadas para conservar la memoria en caso de apocalipsis. La idea de desaparición impregna todo el documental, ya sea por la inmensidad blanca del continente, por la proximidad de una crisis ecológica o porque, como cuenta un lingüista convertido en cuidador de invernadero, la mayoría de lenguas del mundo se extinguirán en los próximos años. Ahora bien, paradójicamente, la principal pérdida que lamenta Herzog está desligada del vacío y precisamente se opone a él: la base militar de McMurdo, a la que no falta ni un centro de aeróbic, se convierte en la muestra de que la colonización humana ha conseguido ocupar todo el globo. *Encuentros en el fin del mundo* es, ante todo, un canto nostálgico por la pérdida de territorios inexplorados, un réquiem de la aventura romántica del ser humano en su propio planeta. Con una ironía teñida de desesperación, el director alemán asume que las antiguas exploraciones se han reducido a los récords Guinness, unas metas sin épica que tienen sus precedentes en los

exploradores Scott i Amundsen, que llegaban a territorios nuevos buscando la gloria más que la pureza aventurera. Es por ello que ésta podría ser, a priori, la última película de su director, la asunción que no es posible descubrir ningún rincón virgen en el planeta Tierra.

De todos modos, este canto mortuario se va matizando a lo largo de la película para demostrar que la aventura todavía es posible. El primer matiz se produce en los personajes entrevistados, que se pueden inscribir perfectamente en la inmensa lista de individuos singulares que atraviesan todo el cine de Herzog: un banquero que se unió a la Fuerza de Paz de Guatemala y ahora conduce un camión, una mujer que viajó de Ecuador a Bolivia en un tubo de alcantarilla y se jugó la vida conduciendo por África, un mecánico ex preso de la Guerra Fría con la mochila siempre a punto (y con una barca dentro), un soldador que asegura tener sangre de reyes incas y aztecas, un estudioso de los pingüinos de pocas palabras, un filósofo, el citado lingüista... La galería de personajes parece un cuaderno de apuntes de Herzog, porque todos ellos son, en palabras del filósofo, viajeros a tiempo completo y soñadores profesionales; podríamos añadir que cada uno de ellos merecería protagonizar una película del director de *Fitzcarraldo*, que los muestra a veces con admiración y otras con ironía, pero siempre con una cercanía cotidiana que no anula su dimensión transcendente. De hecho, hay algo en estos personajes que los conecta con los monjes judíos y cristianos, retirados al desierto en busca de la divinidad, y con el espíritu romántico, anhelante de transcendencia más allá de los límites de lo humano.

En una ocasión Herzog dijo que se iría a Marte para buscar imágenes puras, y su anterior documental, *The Wild Blue Yonder*, apoya y a la vez contradice esta afirmación. En esta obra maestra las imágenes son del espacio exterior, pero en realidad lo que se filma son las profundidades marinas de nuestro planeta. Con ella el director de *Fata Morgana* consigue plasmar a la perfección lo que ha buscado en toda su carrera: mostrar las imágenes como si fueran vistas por primera vez, como si un hombre del espacio aterrizara en la Tierra y observara; como dice Alfonso Crespo, “una suerte de higiene visual frente a los tópicos que han entumecido la experiencia de mirar lo registrado” (*Un cine febril. Herzog y El enigma de Kaspar Hauser*. Sevilla: Metropolisiana, 2008, p. 93). *The Wild Blue Yonder* demuestra que la naturaleza es surrealista y cósmica si se mira bajo el prisma adecuado, y *Encuentros en el fin del mundo* continúa con esta tendencia que hibrida magistralmente el documental y el cine fantástico; para Herzog, es posible encontrar poesía en los gráficos de ADN o en las imágenes de un microscopio. En esta película la ciencia-ficción nace tanto de la fuerza de las imágenes como de los comentarios del director: no sólo el título ya remite a la película de Spielberg *Encuentros en la Tercera Fase*, sino que Herzog dice que la superficie de la Antártida le recuerda a la de la Luna y que los submarinistas son como astronautas que exploran un cielo helado. Este cielo helado es mostrado, evidentemente, desde un prisma litúrgico, con coros de fondo y submarinistas silenciosos como sacerdotes que “bajan a la catedral”.

Al final del documental el filósofo dice que a través de nuestros ojos el universo se ve, y que gracias a nosotros puede percibir su gloria y magnificencia. *Encuentros en el fin del mundo* sigue la línea empezada con *The Wild Blue Yonder* para demostrar que es posible observar nuestra naturaleza de otro modo para que recupere la grandeza. Esta mirada es la que crea la bella contradicción de la película: mientras Herzog se lamenta por el canto del cisne de la aventura, sus imágenes demuestran que ésta es todavía posible si aprendemos a mirar de un modo distinto.